

FINLAY POR CUARTA VEZ ANTE EL CONGRESO INTERNACIONAL DE HISTORIA DE LA MEDICINA

Esta es la cuarta vez que la delegación cubana tiene necesidad de presentar ante los congresos internacionales de Historia de la Medicina el descubrimiento del medio de transmisión de la fiebre amarilla por el mosquito *aedes aegypti* para reclamar la prioridad de Carlos J. Finlay. Primero fue en el X Congreso, celebrado en Madrid bajo la presidencia del Dr. Gregorio Marañón y actuando de Secretario el Dr. Francisco Oliver; después, el XIV Congreso, efectuado en Roma-Salerno bajo la presidencia del Dr. Adalberto Pazzini y como Secretario el Dr. Mario Galeazzi; la tercera vez, en el XV Congreso que tuvo lugar en Madrid- Alcalá de Henares, presidido por el Dr. Pedro Laín Entralgo y como Secretario el Dr. Silverio Palafox. Los tres congresos, por unanimidad, ratificaron los acuerdos adoptados reconociendo la prioridad de Finlay en el descubrimiento del medio de transmisión de la fiebre amarilla.

Han transcurrido catorce años y de nuevo la delegación cubana molesta la ocupada atención de los señores delegados con asunto más que discutido y tres veces aprobado, pero el acuerdo adoptado por el IV Congreso Panamericano de Historia de la Medicina celebrado en Guatemala, pretende revocar las resoluciones aprobadas por los congresos internacionales y nos obligan a plantear nuevamente el problema ante esta suprema asamblea de historiadores.

Los acuerdos de los congresos internacionales de Historia de la Medicina son válidos y deben ser respetados mientras no surja un aporte nuevo trascendental que obligara a la revisión de los mismos. Por tanto, estimamos que los congresos internacionales de Historia de la Medicina tienen una función altísima y sus acuerdos están valorizados por la opinión mayoritaria de los representantes de los países de todo el mundo.

Los congresos continentales, nacionales o regionales, siempre tan ligados a la Sociedad Internacional de Historia de la Medicina, aunque

actúan en completa independencia, por una elemental cortesía y solidaridad profesional deben respetar los acuerdos de los congresos internacionales y menos aún tratar de revisar éstos.

El caso de Finlay ha sido ya discutido en tres ocasiones distintas en tres congresos internacionales y en los mismos recayó siempre un acuerdo terminante reconociéndole la prioridad en el descubrimiento del medio de transmisión de la fiebre amarilla. ¿Por qué empecinarnos en discutir de nuevo este asunto? Los congresos internacionales de Historia de la Medicina- no son meras reuniones de amigos, son asambleas de historiadores que quieren trabajar en favor de la historia de la medicina y que no los guía ni el imperativo nacionalista, ni ningún prejuicio de carácter político, ni religioso.

Todos los descubrimientos científicos han tenido sus precursores, pero siempre ha sido uno quien realiza en definitiva el descubrimiento, como dice Francis Darwin: «En la ciencia el crédito se da al hombre que convence al mundo, no al hombre a quien se le ocurra la idea».⁽¹⁾

Antes de Finlay la fiebre amarilla era un azote mortífero que diezmaba poblaciones y asolaba con la muerte, sin que la ciencia médica, a pesar de sus esfuerzos, lograra controlarla. Finlay no descubrió el mosquito, pero sí descubrió el medio de transmisión de la fiebre amarilla, señalando especialmente el mosquito *aedes aegypti* (hembra) como el eje entre el enfermo y el sano. Esto ha sido reconocido ya, no sólo por los acuerdos de los congresos internacionales de Historia de la Medicina, sino por todos los congresos médicos mundiales y con ello por la mayoría de los representantes de las ciencias médicas del mundo.

Ahora querer revisar la prioridad de Finlay o Beaperthuy, según el acuerdo del IV Congreso Panamericano de Historia de la Medicina, nos parece un absurdo y pone en contradicción al organismo internacional con el continental.

Nosotros no nos oponemos a discutir todo lo que quieran sobre el caso Beaperthuy en cualquier tiempo y lugar, pero por una cuestión de principios estimamos «no ha lugar» al citado acuerdo del IV Congreso Panamericano de Historia de la Medicina, celebrado en Guatemala.

No somos contrarios al Dr. Luis Daniel Beaperthuy, cuyo talento y laboriosidad investigadora somos los primeros en reconocer. Que el ilustre médico franco-venezolano incriminó a los mosquitos que transmitían el paludismo y la fiebre amarilla, bien, aceptado, pero lo que no

¹ Darwin Francis. *Eugencs Review*, 6: 1, 1914.

dijo ni señaló fue el medio de transmisión, ni la especie de mosquito que era el vehículo, ni dijo que tenía que picar primero a un enfermo y después a uno sano para completar el ciclo de transmisión.

El hijo de Beupérthuy, según cita su bizneta, la Sra. Rosario Beupérthuy de Benedetti, afirmó: «que la fiebre amarilla y la calentura palúdica son causadas por las inoculaciones que ejecutan los insectos tipularios o zancudos». Pero, ¿qué tipo de mosquito? ¿Qué especie? ¿Acaso dijo que la fiebre amarilla la trasmite el «aedes aegypti» y el paludismo el «anopheles»?

Nosotros quisiéramos que nos mostraran dónde dijo Beupérthuy que el mosquito para transmitir la fiebre amarilla tiene primero que picar a un enfermo de este mal y luego a una persona sana?

Sobre los mosquitos ya lo dijo Finlay; «Históricamente el mosquito es uno de los insectos más antiguamente observados. Aristóteles y Plinio hacen referencia a sus trompas, que sirvieron a la vez para horadar la piel y chupar la sangre».

Y si es una cuestión cronológica, podemos apuntar que el científico Pedro Alejandro Auber en el periódico «El Plantel», que se publicaba en La Habana en el año 1838, declaraba, en su condición de entomólogo, que existe la hipótesis de que la fiebre amarilla, la peste del levante, el cólera morbo y otras epidemias son originadas por insectos microscópicos y que no pueden explicarse por los miasmas. Y esto lo escribió y publicó Auber en 1838, año en que Luis Daniel Beupérthuy obtenía el título de doctor en medicina en la Facultad de París.

Ahora, otra cuestión que queremos exponer en relación con el IV Congreso Panamericano de Historia de la Medicina, celebrado en Guatemala, es la siguiente:

Es sorprendente que se haya designado al Presidente de la Sociedad Internacional de Historia de la Medicina, Dr. Maurice Bariety, dada su condición de invitado especial a ese Congreso de carácter panamericano, como gran rector de la Historia de la Medicina internacional, es decir, la regencia del Tribunal Supremo del pasado médico. Ello significa un alto honor, dada la personalidad del Dr. Bariety, aunque sorprendente, pues la Sociedad Internacional de Historia de la Medicina debe defender sus acuerdos, salvar su posición y no tomar parte en un debate que pretende disminuir la autoridad de la institución.

Nosotros no nos oponemos a que el Dr. Maurice Bariety figure como Presidente de la Comisión Ponente, todo lo contrario, reconocemos en su ilustre personalidad un gran historiador, desapasionado

en absoluto y con un gran espíritu de justicia en todos los problemas que trata. La delegación cubana se siente honrada con este nombramiento.

A nosotros se nos designó también en dicha Comisión Ponente, a pesar de no haber sido invitados al Congreso, y aún no se nos ha notificado dicha designación, de la que nos hemos enterado por el Boletín Informativo Hispanoamericano de Historia de la Medicina que edita en Venezuela el gran historiador Dr. Ricardo Archila.

Otro detalle que queremos hacer resaltar, es que en el IV Congreso Panamericano de Historia de la Medicina figuraron como invitados especiales y estuvieron presentes, entre otros, los Dres. Adalberto Pazzini y Luigi Stroppiana, Presidente y Tesorero, respectivamente, del XIV Congreso Internacional de Historia de la Medicina, celebrado en Roma, donde, precisamente por la pretensión venezolana, se adoptó por unanimidad el siguiente acuerdo:

«El XIV Congreso Internacional de Historia de la Medicina, con sede en Roma-Salerno (Italia), ratifica una vez más que sólo Carlos J. Finlay, de Cuba, es el único y sólo a él corresponde el descubrimiento del agente transmisor de la fiebre amarilla y a la aplicación de su doctrina el saneamiento del trópico». Roma-Salerno, 20 de septiembre de 1954.

También estuvieron presentes en el mencionado Congreso de Guatemala los Dres. F. A. Sondervorst, Secretario de la Sociedad Internacional de Historia de la Medicina; Silverio Palafox, Secretario del XV Congreso Internacional, celebrado en Madrid, donde se adoptó este otro acuerdo: «Primero: Confirmar la resolución aprobada por unanimidad en la sesión plenaria del XIV Congreso Internacional de Historia de la Medicina celebrado en Roma-Salerno, en septiembre de 1954, por la cual se ratifica una vez más que sólo a Carlos J. Finlay, de Cuba, y sólo a él, corresponde el descubrimiento del agente transmisor de la fiebre amarilla y a la aplicación de su doctrina el saneamiento del trópico. Segundo: Que la Sociedad Internacional de Historia de la Medicina realice una campaña intensa a fin de que los libros de texto] diccionarios, enciclopedias y medios de divulgación no atribuyan a otras personas la gloria que por derecho propio pertenece a Finlay». Madrid, 29 de septiembre de 1956.

Lo inexplicable es que ninguno de ellos haya levantado su voz para hacer valer los acuerdos de los congresos internacionales, a los que ellos mismos le dieron su voto. Suponemos que los que no hablan el

idioma español ni se enteraron del acuerdo, pues en el Congreso de Guatemala seguramente no se empleó la traducción simultánea, o que como eran invitados especiales, pertenecientes a países europeos, esquivaron tomar parte en el debate y dejaron a los miembros del continente americano dilucidar este problema.

En el caso del Presidente del IV Congreso Panamericano de Historia de la Medicina, el ilustre Dr. Carlos Martínez Durán, una de las mentalidades más sólidas de la historiografía continental hispanoamericana, que siempre fue un fervoroso finlaísta, queremos reproducir sus palabras en el XV Congreso Internacional de Madrid, donde dijo: «Vengo a esta Asamblea de historiadores de todo el mundo, en nombre y representación de Centro América, ya que tanto el señor delegado de la República de Honduras, Dr. J. A. Peraza, como yo en nombre de Guatemala, nos adherimos a la comunicación cubana que acaba de leer el Dr. Abascal y que firma conjuntamente con el otro delegado de ese hermano país, el Sr. César Rodríguez Expósito. *El caso de Finlay está más que dilucidado en el campo de la historia y así fue acordado en congresos anteriores. Ahora volveremos a ratificarlo, apoyando de todo corazón y con toda firmeza la moción cubana: "Fue Finlay, y sólo él, el descubridor del agente de transmisión de la fiebre amarilla".*

En un trabajo publicado por el propio Dr. Martínez Durán, con motivo del 125 aniversario del natalicio de Finlay, afirmó: «Ninguna sanción mejor que la de los congresos internacionales de Historia de la Medicina, donde los más connotados hombres de ciencia de todos los países afirman una verdad que está por encima de los cerrados nacionalismos y de los absurdos racismos».²

Conociendo tan profundamente la obra de Finlay, ¿cómo el Dr. Martínez Durán dejó pasar el acuerdo adoptado por el IV Congreso Panamericano que él mismo presidió? Creemos que él mantuvo sus ideas en silencio para no ejercer presión sobre los delegados y dejó al próximo Congreso que se celebrará en México la resolución definitiva de este asunto. Tenemos la seguridad que en el bello país azteca, donde tanto se honra a Finlay, el Dr. Martínez Durán defenderá de nuevo la gloria finlaísta.

Queremos rebatir algunos de los argumentos expuestos en favor del Dr. Beauperthuy, a pesar de que no hemos logrado copia de la

² Martínez Durán, Carlos. «El destino de lucha en la vida y en la muerte de Carlos J. Finlay». *Revista de la Sociedad Cubana de Historia de la Medicina*. Habana, V.I No. 4 Oct-dic. 1958, p. 8.

moción presentada por la Señora Rosario Beauperthuy de Benedetti y aprobada por el IV Congreso Panamericano de Historia de la Medicina en Guatemala.

En el libro «Beauperthuy» (ensayo biográfico), original del Dr. Antonio Sanabria y R. Beauperthuy de Benedetti y editado por el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social de Venezuela, dice: «Beauperthuy tenía conocimiento acerca de la transmisión de la fiebre amarilla de hombre a hombre como demuestra su cita, al referirse a esta enfermedad: “la primera víctima de fiebre amarilla fue un margariteño quien tomó el germen de esta enfermedad en Barcelona, donde reinaba entonces”» (p. 55).

Esto no demuestra que Beauperthuy haya apuntado la transmisión de la fiebre amarilla de hombre enfermo a hombre sano a través del mosquito.

Después agrega una declaración del hijo de Beauperthuy «que había oído repetir tantas veces a su progenitor»: «El Dr. Beauperthuy asegura que la fiebre amarilla y la calentura paludosa son causadas por las inoculaciones que ejecutan los insectos tipularios (tipulaires) o zancudos... Merece recordarse que estas enfermedades no se dan en los muchos lugares donde no hay tipularios» (p. 55).

En primer lugar, esta afirmación del hijo del Dr. Beauperthuy no expresa la idea que supone pensó su ilustre padre. Además, la existencia del mosquito *aedes aegypti* señalado por Finlay, sin un enfermo de fiebre amarilla no contamina a nadie. Tal es el caso de Cuba, donde aun existe el *aedes aegypti*, que se está combatiendo para su total erradicación, y sin embargo desde 1909 no se ha registrado ni un solo caso de fiebre amarilla.

Hasta el presente y sin que le quitemos méritos al Dr. Beauperthuy, él no realizó pruebas experimentales en los casos de fiebre amarilla, él acusó a los mosquitos pero de una manera general, sin que determinara qué tipo de mosquito era el vehículo mortal de la enfermedad, ni que el insecto era el eje entre el enfermo y el sano.

Finlay, como afirma Pérez Viguera, descubrió la transmisión del agente causante de la fiebre amarilla por intermedio del mosquito, señalando la especie del mosquito transmisor y con ello una serie de descubrimientos concomitantes que han resultado fundamentales para la medicina y la higiene tropical moderna».³

³ Anales de la Academia de Ciencias, t. XCII, 1954-1955.

El «*aedes aegypti*» es un mosquito de los llamados caseros, pequeño, que se cría en depósitos de agua limpia, próximo a las viviendas y dentro de las poblaciones. «Desde 1881, dice Pérez Viguera, Finlay había afirmado que cualquier teoría sobre fiebre amarilla, basada en el contagio, era insostenible, estableciendo que la causa de esta enfermedad, según su propia expresión, “era una causa material transportable”, “una materia morbígena que se encontraba en la sangre de las personas atacadas de la enfermedad”, y se preguntó si no sería el mosquito el que transmitía ese elemento patógeno. Como un iluminado, comenzó a seleccionar la especie más sospechosa de ser la transmisora. Finlay no seleccionó el *Culex* mosquito al azar, sino basándose en sus estudios sobre la biología de esta especie. Comprobó experimentalmente que el *Culex* mosquito era capaz de contaminarse con el agente de la fiebre amarilla chupando sangre de un atacado de la enfermedad, de transportar este agente en su cuerpo y más tarde transmitirlo por su picada a otra persona».⁴

En la misma Venezuela, patria de adopción de Beaperthuy, la fiebre amarilla continuó produciendo sus epidemias y se controló únicamente, gracias al descubrimiento de Finlay, después de la comprobación por la Comisión Médica Americana. Sino ver lo que dijo el delegado de la República de Venezuela en el año 1928 ante la VI Conferencia Internacional Panamericana, Sr. Rafael Ángel Arraiz: «Fue la Delegación de Venezuela la que tuvo el agrado de proponer en el seno de la VII Comisión ¡1 homenaje de reconocimiento que considera la Conferencia, en honor a la memoria venerable del sabio cubano, Dr. Carlos J. Finlay».

La proposición fue acogida con unánime regocijo por mis honorables colegas, demostrando con ello no sólo el alto espíritu de justicia que aquí nos anima a todos, sino de manera especial y significativa, que el recuerdo de Finlay y las excelencias de su obra humanitaria son atributos de honor no sólo para Cuba, su patria afortunada, sino también patrimonio de toda la comunidad panamericana.

Mi país fue el primero en beneficiarse de las consecuencias derivadas del descubrimiento del sabio Finlay, pues desde 'que el actual Gobierno de la República que preside el General Gómez, animado de un celo patriótico puso en acción fecunda de defensa y de previsión las teorías científicas del maestro cubano, la terrible infección, el lívido

* Pérez Viguera, 8.

espectro que nos arrebató millares de hermanos al sepulcro, ha sido erradicado totalmente de nuestro suelo.

El homenaje, pues, que aquí se considera como manifestación de gratitud al hombre que puso en nuestras manos las armas de defensa contra la fiebre amarilla, es no sólo loable, sino necesario; no sólo merecido, sino inaplazable para la justicia consagratoria.

«La Conferencia me hará el honor de permitirme que al proclamar el reconocimiento venezolano para el sabio, que fue también apóstol, considera la contribución de Finlay en la lucha contra el azote ya vencido, desde una altura más general; esto es, que lo considera como un eslabón más de esa larga cadena de cooperación panamericana cuyo primer golpe lo dio Simón Bolívar al fundir en su yunque de heroísmo los cinco primeros eslabones de esa cadena y que fueron cinco naciones libres».

Si la propia Venezuela se benefició con el descubrimiento de Finlay, según declaración oficial, ¿quién es el descubridor? Beuperthuy pudo haber apuntado la idea, pero no realizó el experimento. Pretender darle el título de descubridor nos parece un exceso de nacionalismo.

El título de precursor que tanto reclaman, debe dársele. El Dr. Beuperthuy tuvo la intuición como otros de acusar a los mosquitos de transmitir varias enfermedades. Además, su propia biznieta, la señora Rosario Beuperthuy de Benedetti, en la biografía de su bisabuelo dice que fue «el fundador de la Entomología Médica y Veterinaria y precursor de la teoría inmunológica de enfermedades» (p. 57).

Además, señala que fue precursor de Pasteur y de Koch (p. 33). En otra parte también dice que lo fue de Ross y Grassi por el paludismo.

Y nosotros nos preguntamos, ¿por qué sólo reclaman el título de descubridor que le corresponde por derecho propio a Finlay?

Dice el Dr. Giovanni Bruno, Director del Instituto Anatómico de la Universidad de Mesina: «Los conocimientos de la fiebre amarilla que se poseían antes de los estudios de Finlay eran muy vagos e incompletos. La enfermedad era conocida por sus manifestaciones clínicas, por los innumerables casos observados por los médicos que ejercían el arte entre las poblaciones particularmente afligidas por la enfermedad, pero no se poseían nociones seguras sobre la etiología y sobre la patogenia».

Agrega después el Dr. Bruno: «pero fue Finlay el primero que, rechazando las viejas teorías de la influencia del aire, instituyó la

1
existencia de un agente vivo transmisor capaz de portar “la matiére morbide”, del enfermo al sano».

Dice el propio Bruno: «Finlay afirmó que el Culex mosquito era el único agente que transmitía la enfermedad del enfermo al sano. El Culex mosquito, como es sabido, ha sido posteriormente indicado con nombres diferentes: Fabre lo señaló con el nombre de Culex Fasciatus; otros, con el nombre de Culex calopsus; luego, de Stegomyia fasciatus y de Stegomyia fasciata, de Aedes argenteus y de Aedes Aegypti. No corresponde al Zancudo bobo, otro mosquito ya indicado por Beauperthuy como agente transmisor de la fiebre amarilla».

Termina el Dr. Bruno, afirmando: «Finlay fue el primero que descubrió el agente y el mecanismo de acción, haciendo así posible la lucha contra la difusión de la enfermedad y permitiendo salvar tantas vidas humanas».⁵

El Dr. Iturbe, de Venezuela, en su tesis de doctorado: «Contribución al estudio de la fiebre amarilla en Venezuela», Caracas, 1904, escribía lo siguiente: «Asegura (Beauperthuy) que la fiebre amarilla se transmite por los insectos tipulares, y que todas las causas que favorecen el desarrollo de aquéllas, como la elevación de la temperatura, la humedad, la velocidad de un río, una laguna, la poca altura sobre el nivel del mar, son también las condiciones que favorecen a estos insectos. En honor a la verdad, es a Carlos Finlay a quien corresponde la prioridad de este descubrimiento, pues fue el primero que emprendió estudios experimentales para demostrar el papel de propagadores de la fiebre amarilla que tienen los zancudos».

Dice el Dr. José María Bengoa, hablando de Beauperthuy: «Bien es cierto que nuestro biografiado no entró a investigar si- la transmisión se efectuaba experimentalmente, tal como lo hicieron más tarde Finlay y la Comisión Americana (1881 y 1891 sucesivamente), pero esto en modo alguno invalida el mérito de Beauperthuy al señalar de forma tan clara y decidida el papel del mosquito en la aparición de la enfermedad».⁶

⁵ Bruno, Giovanni. «Un hombre de ciencia bienhechor de la Humanidad» Gaceta Sanitaria. Milano, Italia. Enero-febrero 1952. Año VII, No. 1, p. 33.

----- Lage, Guillermo. «Controversia soW.re fiebre amarilla». La Habana, 1949.

⁶ Bengoa, José María. «Luis D. Beauperthuy». Im. de la Lotería, Caracas, 1942, p. 7.

Como es fácil observar, los propios defensores de Beauverthuy afirman que los trabajos de este ilustre médico no fueron experimentales como los de Finlay.

Por otro lado, el Dr. José María Llopis, otro notable historiador venezolano y apasionado de Beauverthuy, dijo en el I Congreso Panamericano de Historia de la Medicina con sede en Río de Janeiro: «Lo cierto y, claro está, triste, es que este hombre ilustre, este genial investigador, no pudo llegar a una comprobación experimental que le pudiera hacer llevar a sus contemporáneos la verdad que poseía y de la que bien seguro estaba: los mosquitos transmisores de la fiebre amarilla y el paludismo».⁷

El propio Llopis, al copiar la carta que el Dr. Beauverthuy dirigió al Secretario de la Academia de Ciencias de París, Dr. Flourens, se lee lo siguiente: «En diciembre de 1853 yo fui investido por el gobierno venezolano con la misión de descubrir los individuos atacados de fiebre amarilla en Cumaná y sus alrededores. Ya desde 1839 largas y penosas investigaciones hechas en gran número de localidades malsanas de las provincias de Cumaná y Barcelona y la Guayana Española, me habían hecho reconocer que las fiebres de las regiones pantanosas eran debidas a un virus inoculado en el organismo humano por insecto tipulario».

Luego agrega el propio Beauverthuy: «Es igualmente un insecto tipulario el que produce los accidentes de la fiebre amarilla introduciendo en la economía jugos sépticos bombeados por este insecto en el litoral».

Y agrega el Dr. Llopis como comentario a esta carta de Beauverthuy: «Claro está que a continuación se equivoca en cuanto a la naturaleza de estos jugos sépticos que cree son restos de pescados zoofitos y otras materias animales».

Como se ve, la propia argumentación de los defensores de Beauverthuy nos da la razón de que nunca puede denominársele como descubridor, descubridor fue Finlay. Antes de Finlay, repetimos la fiebre amarilla era un azote mortal; después de Finlay, la enfermedad fue controlada, incluyendo en ese control la propia Venezuela, que a pesar de lo apuntado por Beauverthuy tuvo que seguir las doctrinas finlaístas.

⁷ Llopis, José María. «Luis Daniel Beauportliup, precursor de la teoría insectil de las enfermedades». Revista de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina. Enero-abril 1959. V. VII, No. 19, p. 18.

El Dr. Manuel Noriega Trigo, quien fue el primero en defender la gloria de Beaperthuy, dice en su trabajo: «Precisa las condiciones de vida del mosquito... y también la manera accidental en que ataca al hombre, chupándole la sangre para nutrirse, *sin darse cuenta de que es la hembra la que pica* y que la sangre extraída la absorbe para llenar una necesidad biológica»⁸

«Varios milenios antes del descubrimiento de Fleming –declara el profesor e historiador Félix Martí Ibáñez– ya existían antibióticos que se usaban empíricamente»⁹ Y el Dr. Roderich Menzel, afirma: «La penicilina debió ser descubierta en la edad media. Paracelso estuvo en 1527 quizás cerca de su descubrimiento como Alexander Fleming en 1927. ¿Pues qué eran sus recetas sino prescripciones de hongos con micelio y tierra curativa?»¹⁰

También se afirma que Pasteur y Joubert¹¹ hicieron apuntes acerca de la penicilina, cuya gloria nadie discute a Alejandro Fleming como descubridor.

¿Se discutió al gran Fleming, a pesar de haber declarado con toda modestia que su descubrimiento había sido obra de la casualidad? !

El propio Drigalski nos da la respuesta a esta pregunta, al afirmar: «Pero estos trabajos de los precursores y otros que realizaron hombres de ciencias como el suizo Garré, el alemán Feudenreich, el francés Bouchard, el italiano Gasperini, los suecos Bergetrom, Theorrell y Da- vide, etc. no obstante su indudable valor científico y aun clínico, no habían encontrado su momento, su clima y la gloria guardaba sus laureles para un inglés, el Profesor Sir Alejandro Fleming».¹²

Y por último, antes que Jenner, el gran mago de la vacunación antivariólica, «en los países orientales desde hacía medio siglo se han practicado diversas formas de vacunación»,¹³ y sin embargo, nadie ha pretendido quitarle el honroso título de descubridor de la vacuna contra la viruela.

8 Noriega Trigo, Manuel. «Luis Daniel Beaperthuy». Revista de la Sociedad Médico-Quirúrgica del Zulia. Año XXVIII, No. 6, jun 1954, p. 37.

9 Martí Ibáñez, Félix. «El Impacto Filosófico de los antibióticos sobre la medicina clínica». Antibiotic Medicine. New York, July 1955, p. 421.

10 Menzel, Roderieh. «Triunfo de la Medicina». Editora Pensar, Buenos Aires, p. 19.

11 Drigalski, Wilhelm Von. «Hombres contra microbios». Editorial Labor, Barcelona, p. 342.

12 Drigalski, Wilhelm Von. Obra citada, p. 344.

13 Epstein, S. y Williams, B. «La Estreptomocina», México, 1948 p. 34.

Como dijo el doctor Martí Ibáñez, «la medicina moderna se ha liberado del empirismo patogénico del siglo pasado cuando los enfermos “se curaban en los libros de texto pero se morían en la cama”».¹⁴

Beauperthuy acusó a los mosquitos de ser los transmisores del paludismo y la fiebre amarilla, pero no logró nada en favor de estos enfermos, a pesar de áus afirmaciones generalizando la cuestión planteada, los enfermos morían víctimas de estas enfermedades ocasionadas por los mosquitos.

Todos los investigadores de la fiebre amarilla trataban de obtener la causa de la enfermedad. Finlay utilizó otro sistema: el medio de transmisión, y lo logró. Si se le hubiera hecho caso en 1881 se habría evitado una enorme mortandad. Pero hasta que una comisión foránea no confirmó el descubrimiento finlayista, no se puso en práctica. Después, todo fue bonanza para las poblaciones y sus pobladores. Sólo la lucha siguió para negar la prioridad de Finlay. Todavía hoy a los 137 años de su nacimiento, a los 89 de hacer público su descubrimiento y a los 55 de muerte, aún estamos discutiendo si fue Finlay, si fue Beauperthuy, si fue la Comisión Americana. Triste sino del gran sabio que no lo dejamos descansar en la inmortalidad.

El Dr. José López Sánchez, Presidente de la Sociedad Cubana de Historia de la Medicina, dijo: «El historiador médico está' obligado a abordar el problema complejo y difícil del papel de las grandes personalidades en la historia de la medicina y enfocarlo en forma objetiva, mostrando lo que ha aportado de nuevo en relación con sus predecesores y la forma que ha sabido comprender las necesidades de su época histórica, valorando sus ideas con sentido realístico, como genuino producto de un momento del desarrollo histórico, *no por lo que pudo hacer, sino por lo que hizo en favor del progreso de la medicina*. En definitiva la historia verdadera no inscribe nada más que los nombres de aquellos sabios o genios que han tenido una significación relevante para el pueblo y para la humanidad».¹⁵

«La gloria de Finlay —como afirmó Martí Ibáñez— ya no es sólo cubana, sino universal, y cubre de honor no sólo a los cubanos, sino a los médicos, a los historiadores, a cuantos en el mundo entero saben

14- Martí Ibáñez, Félix. «Renovación del concepto filosófico del tratamiento de todo paciente». *Antibiotic Medicine*, Y.I, No. 5, mayo 1955, p. 306.

15- López Sánchez, José. «Curso de Historia de la Medicina». La Habana, 1960

amar un ideal y venerar la grandeza, reverenciar a un genio y admirar la abnegación».¹⁰

Como conclusión a nuestro trabajo, proponemos lo siguiente:

PRIMERO: Que el XXII Congreso Internacional de Historia de la Medicina ratifique los acuerdos de los congresos celebrados en Roma, en 1954, y en Madrid, en 1956.

SEGUNDO: Aconsejar a la Comisión Organizadora del V Congreso Panamericano de Historia de la Medicina, no ha lugar a la revisión acordada por el IV Congreso, cuya resolución dejó a la consideración del V Congreso con sede en México.

La Habana, 28 de julio de 1970

César Rodríguez Expósito, Historiador de Salud Pública y
Secretario de la Sociedad Cubana de Historia de la Medicina.

16- Martí Ibáñez, Félix «Valores de Finlay y Psicología de los Finlayistas». Revista de la Sociedad Cubana de Historia de la Medicina. V. I. Octubre-diciembre, No. 4, La Habana, 1958. •

